

El viaje a Reims

Una exultación apoteósica

por Carlos Fuentes y Espinosa



Gioachino Rossini (1792-1868)

Mientras Gioachino Rossini —el más importante de los compositores de su época— acumulaba, luego del cierre de su carrera italiana, jugosísimos estipendios y honores en la gira realizada en Londres durante 1824, recibió una propuesta contractual del Departamento de Bellas Artes y de la Casa Real franceses para encargarse de la dirección del Teatro Italiano en París, reponer muchas de sus óperas y, previsiblemente, componer nuevas. Dado que el rey francés Luis XVIII murió en noviembre de dicho año, Rossini revisó el contrato original, en que se daría por primera misión la composición de una obra que celebrara la coronación del nuevo rey, Carlos Felipe, conocido como Carlos X, ultramonárquico conservador. Se escogió al abogado y músico Luigi Balocchi (quien volvería a trabajar para Rossini en un par de óperas para Francia) para diseñar el libreto, que recurría como fuente principal de la trama a la novela *Corina o la Italia* de la controvertida baronesa Anne Necker, conocida como Madame de Staël, y que venía al caso por sus evocaciones de varias naciones europeas, sobre todo. Entonces el genio rossiniano creó un caso *sui generis* en la historia de la ópera.

La composición resultante fue un regocijo musical complejo y siempre virtuoso. Su carácter es más cercano a la cantata escénica, pero sus condiciones la dotan como drama jocoso (*dramma giocoso*). Es un producto tan notable y extraño que se dificulta su clasificación. Varios exponentes protagonistas de cada tesitura, representando culturas distintas, pero hermanadas, que invocan la paz, la armonía, la felicidad, en una orquestación rica, con melodías rutilantes, agilidades demandantes y belleza descomunal desarrollan un argumento de apariencia inesperadamente contradictoria, divertida y seria, impredecible y vertiginosa, pletórica en símbolos y alegorías. Rossini y Balocchi aprovechan este vehículo para dibujar una parodia tragicómica de Europa y sus habitantes (nótese la descriptiva aria de don Profundo, ‘Medaglie incomparabili’), valiéndose soberbiamente de melodías folclóricas, himnos nacionales en el crisol de la creatividad musical rossiniana, que se aleja enormemente de la fórmula y se dedica a la expresividad dramática, a la intención, magistralmente, a base de adobes de lo que sagazmente llama Luigi Rognoni “los microtemas” rossinianos, con algunos números que se han considerado únicos como el ‘Gran pezzo concertato’, irreplicable ejercicio contrapuntístico, o la seducción hipnótica de la segunda parte del sexteto ‘Bella cosa e’ in ver l’amore’.

Ante la presencia del coronado rey, de su familia, de la nobleza, de los notables parisinos y de una audiencia expectante, la obra, *El Viaje a Reims o la Posada El lirio de oro* se estrenó con el mejor elenco que había a disposición. Piénsese en que Giuditta Pasta, soprano aclamada, que si no del completo gusto de Rossini, sí intérprete ovacionada y frecuente, encarnaba a la improvisadora Corina; Laure Cinti-Damoreau, la excelsa soprano, cantaba como la condesa; el bajo-barítono Felice Pellegrini, a quien varios compositores, entre ellos el mismo Rossini, escribieran roles específicos, creaba al anticuario don Profundo; el impresionante bajo Carlo Zucchelli, cuyos méritos nos llegan aún a través de su fundación, daba vida al lord inglés; Nicolas Prosper Levasseur, bajo de renombre en Francia, sería el Grande de España; el tenor Domenico Donzelli, amigo de Rossini, sería Belfiore; Marco Bordogni, el Conde de Libenskof; y Ester Mombelli, aquella hija del tenor y empresario Domenico, a quien unían una amistad y todo tipo de anécdotas con Rossini, como la dama Cortese, entre otros.

Aunque no fue en modo alguno la única obra musical para la ocasión, su superioridad fue contundente y el éxito de la obra fue sobrecogedor, aderezado con las agitadas reacciones de varios atemorizados compositores locales, algunos de los cuales alteraron su estilo emulando al genial extranjero.

Siguiendo el protocolo, después de la primera representación de junio, se esperó un mes para las siguientes dos puestas. Y desconcertantemente, Rossini retiró la partitura... Muchas conjeturas intentan explicar esta acción. Se sabe que para septiembre, en tanto Rossini trabajaba arduamente para estrenar *El cruzado en Egipto* de Giacomo Meyerbeer, se le convenció de reponer una vez más *El viaje a Reims* para una función de ayuda a damnificados, donde Pellegrini fue sustituido por el gran Filippo Galli.

Comienza así un capítulo enredado. Se había proyectado que Rossini compusiera ‘La hija del aire’ para la Pasta, misma que se menciona en la novela romántica *Corinna*, de manera que no es



Carlos X (1757-1836)

descabellado suponer que Rossini hubiera pensado en la nueva obra como un episodio aparte de *El viaje...* La obra, empero, nunca se concretó.

Después del pertinaz rechazo de Rossini al libreto de *El viejo de la montaña*, aceptó en cambio la reelaboración de varias de sus óperas para la escena francesa. Y en 1828, presenta por fin la ansiada ópera bufa *El conde Ory*. Se trataría de su última obra bufa: una verdadera joya en un estilo algo distinto a los precedentes, donde, sorpresivamente, se encuentran una serie de momentos musicales de *El viaje a Reims*, en contextos distintos. Es inevitable notar que Rossini, como en muchas otras ocasiones, pero especialmente en ésta, obsequia a su público maravillas al mismo tiempo que obsequia a su música permanencia.

La Revolución de Julio destrona a Carlos X, con consecuencias específicas para Rossini, que se ve involucrado en mil litigios, y durante la Revolución de 1848 se hace una adaptación de *El viaje...* en un vórtice antitético, ahora en contra del régimen que lo originó: *Andremo a Parigi?* Con algunas omisiones y cambios, otra adaptación llega a Viena en 1854 para luego desaparecer del panorama totalmente.

El Cisne de Pésaro dedicó algunos fragmentos de lo que había quedado de su partitura autógrafa a su segunda esposa, Olympe Pélissier, donde se refiere a la obra como “cantata”. A la muerte del compositor, su viuda vendió o regaló mucha de la música de su ilustre esposo y, en el caso de *El viaje...*, lo que tenía se lo dio al antiguo médico de Rossini: Vio Bonato.

Tanto tiempo había pasado ya y tanto tiempo habría de transcurrir, que la ópera apenas fue un nombre mencionado en las biografías del maestro, razón por la cual en los años 30 del siglo XX se recibió con gusto una supuesta obertura de la obra (se diría en México: “de lo perdido, lo que aparece”), dirigida por Richard Strauss, que luego se comprobó que no era tal, sino una danza usada en *El sitio de Corinto*.

El asunto era si habría la posibilidad de encontrar la obra original alguna vez. En los años 70, gracias a la labor de archivistas y estudiosos, pudo identificarse plenamente una serie de fragmentos de la obra en bibliotecas europeas. Elaborándose una admirable labor de comparación, análisis, restauración y reconstrucción a cargo en diferentes niveles de los musicólogos Janet Johnson, Emilia Zanetti y Philip Gossett, pudo establecerse una versión completa de la obra original, que felizmente se reestrenó en el Festival Rossini de Pésaro de 1984, con las luminarias del canto mundial del momento, dirigidas por Claudio Abbado, para beneplácito de rossinianos y públicos generales. Desde entonces, poco a poco se ha dado a conocer, aunque las dificultades de reunir un elenco de tantos grandes cantantes son inmensas.

Luego que varias instituciones mexicanas “coquetearan” con la idea, en el mes de marzo de 2016 la Compañía Nacional de Ópera hizo que México, 190 años después de su estreno primario, pudiera ver esta ópera-cantata en el teatro del Palacio de Bellas Artes, bajo la dirección del joven guanajuatense **Iván López Reynoso**, alumno de la Academia Rossiniana que la dirigiera en Pésaro y cuyas dinámicas en este estreno fueron loables, en una temporada que satisfizo a los públicos asistentes y a quienes la disfrutaron a través de las transmisiones grabadas a través de Internet, con un elenco variopinto.

La puesta en escena del literato **Carlos Corona** resultó una vistosa adaptación para nuestro tiempo y lugar (en lugar de la mención a Hugo Capeto, se dice “Quetzalcóatl”), si bien desprovista del contexto histórico del momento, de las alusiones políticas o sociales del original, pero plausiblemente carente de las reinventiones tan dañosas que se acostumbra últimamente, con unos vestuarios muy de mirar, producto emocionante que es ejemplar y exige repetición. ●



Madame de Stael (1766-1817) como Corinna
Retrato de Marie-Louise Vigée-Lebrun



Giuditta Pasta (1798-1865), la Corinna de Rossini



Adelaide Schiassetti (1802-?) la primera Melibea



Ester Mombelli (1794-1825), Madame Cortese



Laure Cinti-Damoreau (1801-1863), la Condesa de Folleville



Marco Bordogni (1789-1856), el Conde de Libenskof



Domenico Donzelli (1790-1873), el Cavalier Belfiore



Carlo Zucchelli (1793-1879), Lord Sydney



Nicolas Prosper Levasseur (1791-1871), Don Alvaro



Felice Pellegrini (1774-1832), el primer Don Profondo